



## TRES CUENTOS DE MIEDO

Eran los tiempos en que la ignorancia engendraba miedos y los miedos poblaban de fantasmas, brujas, duendes y aparecidos las sombras de las mentes, las de las casas y las de las calles.

En nuestro pueblo, tan grande y tan viejo, los duendes (en él llamados martinicos), las brujas y los fantasmas aparecían con bastante frecuencia, aunque si bien se dejaban sentir, pocas veces se dejaban ver... Sin duda por eso preferían la oscuridad, fuese de la noche o de los rincones.

Cuando yo era pequeño me contaron algunos hechos de estos personajes. Todos ellos sucedidos en nuestro pueblo. Recuerdo tres especialmente, que, por ser distintos y cortos, quiero relatar. Sin duda que también los conocerán muchos santacrucesos.

### I

Uno de tales cuentos era de brujas, pues como cuento me le refirieron, y empezaremos por él.

Le sucedió a un pastor, que una noche de otoño caminaba hacia el lugar. Cuando pasaba junto a San Juan, o sea el cementerio, vió una oveja blanca, echada y, al parecer, enferma, junto a la tapia. Pensó que el animal estaba abandonado, de modo que no haría mal ninguno si carga con la res. Decidido así, la cogió, se la echó a la espalda y siguió su camino.

A los pocos pasos notó que al animal se le alargaban las patas, a la vez que aumentaba de peso más y más.

El pastor, tan extrañado como irritado, dijo:

– ¡Maldita oveja! ¿Qué puñetas pasa contigo?

Y la oveja respondió, riéndose:

– ¡Que me crecen los dientes! ¡Mira que largos los tengo!

Volvió el hombre la cabeza y vio junto a su cara la de una vieja feísima y con unos colmillos como los de un lobo.

El pastor soltó la carga y echó a correr, gritando:

– ¡Era una bruja! ¡Era una bruja!

Dicen que llegó a su casa desatentado, se metió enfermo en la cama y al poco tiempo murió, sin haber desechado el susto.

### II

También este caso ocurrió en el camposanto de San Juan.

Eran cinco amigos, de buenas familias, que solían celebrar juergas y zangonas con frecuencia. En una de ellas, cuando ya los efectos del vino y otras bebidas ricas de espíritu habían calentado los cascos más de lo prudente, empezaron a contar cuentos de fantasmas y aparecidos.

Uno de los jóvenes afirmó que tales seres no existen más que en la cabeza de

los ignorantes y de los tontos. Surgió la controversia, de la cual pasaron a las descalificaciones y acabaron en las apuestas.

Una de estas fué retar al descreído, por el coste de una cena, a ir al cementerio y clavar en la puerta un papel en el cual se declaraba enemigo de vivos y de muertos que se hicieran pasar por aparecidos.

El incrédulo aceptó la apuesta, que, si la ganaba, le daría derecho a ser invitado por todos y cada uno de sus compañeros. De modo que cogió el papel, con el osado e irreverente desafío, y con él, un clavo grande y un martillo, salió para cumplir lo convenido. Los demás debían esperar su regreso, y cuando amaneciera, irían a comprobar si había o no ganado la apuesta.

meter... dentro!

Y dicho ésto, cayó al suelo, muerto de un ataque al corazón.

Los compañeros, presa de espanto y ansiosos de saber qué había ocurrido, amparándose en la confianza que les daba ser cuatro, decidieron ir hasta el camposanto.

Llegaron más o menos atropelladamente a la puerta del cementerio y alumbrándose con cerillas, vieron clavado en ella el papel... y un trozo de la capa de su amigo, fuertemente sujeto a la madera con el grueso clavo.

– Habría ganado la apuesta, –murmuró uno de los jóvenes.

– Si el miedo no le hubiera matado –terció otro.



Ermita de San Juan. Año 1949

La noche era de invierno, fría y negra como boca de lobo. Uno de los jóvenes murmuró, cuando el atrevido compañero salió a la calle:

– Yo no haría eso ¡ni por todo el oro del mundo!

Los demás asintieron, como sin una premonición hubiese apagado en ellos la euforia que unos minutos antes les enardecía.

Al cabo de media hora regresó el amigo, aporreando la puerta y lanzando gritos de terror en los que pedía que le abrieran en seguida.

Cuando le franquearon la entrada, se precipitó dentro. Sus facciones estaban desencajadas, su ropas destrozadas y era tal su desconcierto que apenas pudo gritar:

– ¡Me han... cogido! ¡Me... querían

– ¡Porque el infeliz no se dió cuenta de que debajo del papel clavaba también su capa! –concluyó, conmisericordia, un tercero.

### III

Lo que se daba con más frecuencia era la aparición de fantasmas, por lo común vestidos con la clásica sábana blanca y más amigos de huir con rapidez y en silencio que de hacer aspavientos y ulular cuando eran advertidos por alguien.

Uno de tales ensabanados dió bastante que hacer por el Arrabal en los años treinta. Durante varias semanas, quizás meses, trajo de cabeza a los serenos y era tan ágil que siempre se les escurría cuando creían tenerle al alcance del chuzo.





## COLABORACIONES

Pero la cosa tuvo algunas particularidades que merecen ser descritas.

Como digo, la zona de operaciones del fantasma era el barrio del Arrabal. La primera vez que fué visto, por un vecino madrugador, saltaba las tapias de un corral a la calle, llevando un saco al hombro; pero el vecino se acobardó y no supo qué hacer, de forma que el fantasma pudo escapar sin dificultades.

Pronto se echó de ver que gallinas y conejos desaparecían de los corrales noche tras noche, y se sospechó del fantasma del saco. Para atraparle se organizó un grupo de ronda... Pero sin duda el personaje pensó luego que el relente de la noche no era sano para él, y desde que se formó el grupo no se le volvió a ver.

Bueno, sí; pero fué al cabo de algunos meses, y quienes habían visto al primero,

dijeron que el segundo fantasma era más bajo y más grueso, de manera que se pensó que era otro distinto.

Como la ronda especial había sido disuelta, la vigilancia volvió a quedar a cargo del sereno del barrio, que era un hombre algo viejo y de pocas fuerzas, pero no cobarde, y aseguró que si él echaba la vista encima a tal "fantasma", no le iban a quedar ganas de hacer el disfraz.

Y una madrugada, poco antes del alba, el sereno vió de refilón una figura blanca transponer una esquina. Corrió lo más silencioso y rápido que pudo para salirle al encuentro por otra calle, y, como había previsto, cuando torció en la esquina, fué a chocar contra el fantasma. Este dió al sereno un fuerte empujón, que le tiró al suelo, y siguió su carrera. El viejo cogió una piedra (entonces nuestras calles tenían

muchas sueltas) y medio incorporado, se la arrojó al fugitivo, quien dió un grito y, acelerando la huída, desapareció en la oscuridad.

Contó el viejo sereno lo ocurrido, pero todo quedó en cuento, ya que desde aquella noche el fantasma no volvió a ser visto y al no haber podido ser "desensabanado", el misterio le amparó para siempre.

Sin embargo, algunos vecinos del Arrabal, entre sonrisas maliciosas, murmuraban la extraña coincidencia del suceso con la descalabrada sufrida por un acomodado solterón, con fama de mujeriego, que al día siguiente apareció con la cabeza vendada, por haberse caído en las escaleras de su casa, según declaración propia.

**Jerónimo Gregorio Navarro**

## FUENTES POTABLES

En la parte de oriente,  
camino de Tarancón  
está la fuente del GRAMON  
donde bebió tanta gente.

Hablando de maravillas,  
ricamente restaurada,  
para deleite de la mirada  
fuente de las HONTANILLAS.

Otra fuente que aconsejo,  
reformada toda ella,  
que ha quedado muy bella  
es la fuente del CANEJO.

En la parte occidental,  
o si quieres de poniente,  
allí existe otra fuente  
en la VIRGEN DE LA PAZ.

Y ya en la población  
— ésta no en los aldeanos —  
tenemos la de LOS CAÑOS  
que es digna de admiración.

Y que mi poema halaga  
a sus chorros abundantes  
para beber los caminantes  
que pasaron por la Cava.

Y si su piedra pudiera  
hablarían tantas cosas  
¡de los mozos y las mozas  
y el cántaro en la cadera!

De pequeños aguadores,  
de yuntas y de yunteros,  
de zagalas y mancebos  
¡y no digamos de amores!

**José Loeches García**

## A JOAQUIN ARIAS LORIENTE

El insigne director  
de nuestra querida BANDA  
que dirigió con amor,  
con ahinco y con fervor,  
como el deber manda.

Paso firme y decidido  
recorriste la ciudad  
en invierno o en estío  
con lluvia, calor o frío  
al son alegre de paz.

En solemnes procesiones,  
en muy alegres dianas  
con música y canciones  
alegraste corazones  
de paisanos y paisanas.

En LA TERCIA — gran mesón —  
en famosos carnavales  
pusiste tu ilusión  
para esta población  
como los hombres cabales.

Quiero rendirte homenaje,  
y pido a Santa Cecilia,

ya que eres buen personaje  
que vives ya con relaje  
en unión de tu familia.

Ahora descansar toca,  
que ha sido bien ganado  
con la sierra o la garlopa,  
o bebiendo copa a copa  
o sirviendo de soldado.

En tierra de morería  
— protectorado de España —  
sirviendo en artillería  
al pie de la batería  
de aquella alta montaña. (1)

La nostalgia que tenía,  
aún llevo en el recuerdo,  
y pensando en la madre mía  
y en la mujer que quería  
que aún veo cuando duermo. (2)

(1) Cabo Negro

(2) Yo también serví en Africa.

**J. Loeches García**



D. Joaquín Arias Loriente. Director de la Banda de Música "La Filarmónica" hasta noviembre de 1992.